



NÚM. 7.

PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 17 DE FEBRERO DE 1861.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs., un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos.

AÑO V.

## REVISTA DE LA SEMANA.



La fin se ha anunciado ya la capitulación de Gaeta, redactada por una comisión mixta de sitiados y sitiadores. Francisco II ha resistido hasta el último extremo: y solo cuando ha visto destruada la ciudad, muertos gran parte de sus defensores,

abierta brecha y decidido el asalto en consejo de guerra celebrado ante el príncipe de Carignan, ha enviado al general Cialdini proposiciones de rendición. No se podía resistir más y aun la humanidad hubiera aconsejado que no se resistiese tanto. Los piemonteses han ocupado la ciudad y Francisco II con su familia ha marchado en un buque francés.

Los papeles ingleses y franceses vienen llenos estos días, los primeros de los documentos presentados á las Cámaras por lord Russell y relativos á las cuestiones italianas, y los segundos del discurso de Luis Napoleón al cuerpo legislativo y al Senado sobre la política del imperio. Dejemos á los políticos hacer comentarios sobre todos estos interesantes documentos que servirán algún día para aclarar la historia, aunque hoy puedan servir para embrollar los sucesos.

Las cosas de Oriente continúan como las dejamos en la semana última: las de América son las que caminan á mayores complicaciones. Uno de nuestros colegas ha recibido la noticia de que el señor Pacheco, representante del gobierno español en Méjico, ha recibido sus pasaportes y se disponía á retirarse de aquella capital, donde reinaba entre los españoles grande agitación á consecuencia de este acontecimiento. Si la noticia es cierta, tendrá una gravedad extraordinaria; pero es de creer que el próximo correo la desmienta ó la explique. El primer cuidado de Juárez al entrar en Méjico debe de haber sido tratar de la administración interior y de la organización de aquel desorganizado gobierno; cosas en que seguramente no pudo mezclarse el señor Pacheco ni

podieron por consiguiente dar lugar á diferencias que motivasen la retirada. Cuando haya llegado el caso de tratar de política exterior, Juárez ha debido presentar ó recibir proposiciones que naturalmente darían origen á negociaciones entre su gobierno y el ilustrado representante español; y no parece probable, aunque es posible, que hayan tenido tan pronta y brusca terminación. Esperemos, pues, mas pormenores.

En España estamos ahora muy ocupados con la cuestión de la retractación del señor Gil y Zárate, publicada en la *Esperanza* por su confesor. Ya dijimos en la semana anterior que al tiempo de morir habia firmado el señor Gil y Zárate un documento en que se retractaba de lo que habia dicho en ciertos pasajes de *Carlos II el Hechizado*, singularmente respecto del padre Froilan Diaz, confesor de aquel monarca y uno de los que hicieron tanto papel en la historia de los hechizos. El señor Gil y Zárate en el documento que su confesor llevó á la *Esperanza* para darle publicidad, se referia á un juicio crítico que tenia hecho de todas sus obras dramáticas y sobre todo de esta que hizo mucho ruido y fue muy aplaudida en su tiempo. Este juicio crítico se ha publicado el viernes en todos los periódicos; y aunque confirma el arrepentimiento del señor Gil y Zárate por haber representado á fray Froilan Diaz con un carácter que no tenia, prestándole algunos vicios de que careció, está muy lejos de ser una retractación, antes bien es una defensa y una apología del pensamiento del drama y de sus elementos componentes, salva la parte dicha. El objeto del drama, segun el autor fue: 1.º pintar una época de la historia de España que fuese notable por la influencia de los principios adoptados y seguidos con tanto empeño por la dinastía austriaca; 2.º anatematizar el tribunal de la Inquisición; 3.º manifestar que cuando el poder real se deja avasallar por otro poder, aunque sea tan respetable como el eclesiástico, cae por fin en la degradación, en la impotencia y arrastra consigo á toda la nación en su flaqueza.

«Estas condiciones, añade, creo que el drama *Carlos II* las cumple, si bien son tambien demasiado subidos de color los cuadros que presenta; pero en tal asunto no eran posibles las medias tintas.»

Esto prueba que para que fuese pública la opinion que en 1860 tenia don Antonio Gil y Zárate del drama que escribió en 1836, no era necesario el documento que su confesor le aconsejó firmar y que luego se apresuró á llevar á la *Esperanza* cuando apenas se acababa de dar sepultura á los restos mortales de aquel enten-

dido literato. Esto prueba tambien que la publicidad de ese documento ha tenido un objeto mas bien político que religioso. Esto demuestra por último cuán conveniente es en las familias la acertada elección de confesores y cuán peligroso fiarse del primero que se presenta sin haber examinado antes sus condiciones de sólida piedad, de desinterés, de instrucción, de acrisolada virtud y de consumada prudencia: cualidades todas indispensables á un confesor para llenar cumplidamente sus deberes con provecho de la religion en general y de sus penitentes en particular.

Pero insensiblemente nos íbamos dejando llevar de reflexiones demasiado trascendentales que no son de este lugar ni de esta ocasión. Baste decir que la cuestión de la retractación de don Antonio Gil y Zárate está haciendo mas ruido que la del señor Suances, y que el negocio lleva trazas de ocupar á los tribunales.

Por de pronto el público tiene á su vista la mayor parte de las piezas del proceso en los comunicados de la familia del difunto, en el juicio crítico de que acabamos de hablar, y en los artículos de los diarios católicos antes que políticos, y políticos en tanto cuanto, etc. Solo falta un documento, y es la misma obra *Carlos II el Hechizado*. Su autor no ha querido que vuelva á ponerse en escena, y su familia, respetando su voluntad, no daría probablemente permiso para representarla; pero el mismo autor dice que no cree este drama indigno de la lectura, lo cual autoriza en cierto modo con el consentimiento de sus herederos, la reproducción en el folletín de algun periódico. De esta manera el público podría juzgar con entero conocimiento de causa.

De los tres días de Carnaval, el primero fue frío y ventoso, el segundo sereno y apacible, el tercero frío y lluvioso: el Prado estuvo por consiguiente mas concurrido en el segundo día que en los demás, aunque la concurrencia no fue escasa en los otros. El entierro de la sardina el miércoles, se aguló completamente, y no fueron muchas las comparsas que bajaron á lo que fue canal y hoy empieza á no ser nada. Los bailes todos estuvieron animadísimos, así los públicos como los particulares. Hoy se dará la despedida definitiva al Carnaval, y el viernes ya empezaron los que se han llamado conciertos sacros, cuya moda introdujo Salas el año pasado, y ha sido adoptada este año por el empresario del teatro de Oriente. Este es un medio como otro cualquiera de abrir el teatro en los viernes de Cuaresma.

En el teatro del Príncipe se ha puesto en escena con buen éxito el drama *Los lazos del vicio*, arreglo del se-

ñor Pinedo. Es un drama de efecto, arreglado con inteligencia y representado con esmero.

En la Zarzuela han hecho el gasto esta semana los *Pecados capitales*, *La vieja* y las *Piernas azules*. De *La vieja* ya hemos hablado con el elogio que merece. Los *Pecados capitales* son una graciosa pieza del señor Frontaura, que se distingue por su sencillez y gusto: como zarzuela no es sin embargo gran cosa. Las *Piernas azules* del señor Vega, agradan al principio; pero pasadas unas cuantas escenas degeneran en una pesadez lastimosa. ¡Vaya si al fin son pesadas las tales piernas!

En el Circo *El castillo maldito* nos ha quitado la gana de decir bien: en cambio la Ramirez está preciosa en la *Colegiala*: es una verdadera ganga para el Circo. El miércoles se presentó en este teatro un artista que en los intermedios tocó perfectamente unas variaciones en la flauta. Este artista nos dió á conocer un nuevo instrumento que hasta ahora no teníamos noticia de que sirviese para el uso á que le dedicó. Era un dedal de coser y con él hizo primores, no en costura sino en música.

Por esta revista y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

## LA EDAD MEDIA EN ESPAÑA

LAS CRÓNICAS.

(CONTINUACION.)

### III.

Entre las crónicas que mas noticias ofrecen acerca de las costumbres caballerescas de la Edad Media, debemos incluir la del condestable don Alvaro de Luna, dechado de la mas elevada grandeza y de la desgracia mas profunda. Si bien toda ella es un relato de los sucesos políticos en que el condestable tomó parte, de las intrigas de los cortesanos que veían con envidia su elevación al poder, y de los combates con los moros y entre las mismas parcialidades que asolaban el territorio castellano, se encuentran cuadros interesantísimos de las costumbres de los caballeros de aquel tiempo, descripciones de fiestas reales, de justas y torneos, que eran, como es sabido, las mas favoritas diversiones de la sociedad del siglo XV.

Con el mismo fin que ha guiado nuestra pluma en los anteriores capítulos, esto es, demostrar que entre los monumentos que nos quedan de la Edad Media, son las crónicas de los que mas abundosos datos nos ofrecen acerca del estado social de la época; vamos á transcribir algunos episodios de la crónica del célebre cuanto desgraciado don Alvaro de Luna, escogiendo la descripción de ciertas fiestas, la reseña de algunos trajes y costumbres, y la interesante escena de la bizarra defensa que hizo el condestable desde su casa y la despedida de sus pajes y servidores antes de entregarse preso al mismo monarca que tanto le habia enaltecido y era quien le conducía al cadalso.

Quando comenzó á gobernar el rey don Juan II de Castilla, amigo íntimo de don Alvaro desde su niñez, «se hicieron grandes fiestas é torneos é justas, las cuales ovieran sido mas alegres é mayores, é duraran mas salvo por aver seido ferido en la justa don Alvaro de Luna, é acaesció en esta guisa. Don Alvaro quiso mantener en aquel día que el rey tomó el regimiento de sus regnos, é mantuvo él é un hijo del condestable don Ruy Lopez Dávalos que estonce era. E don Alvaro de Luna avia salido á la justa muy ricamente armado, é con unos paramentos muy ricos, é levaba assimismo aquel día una joya de su amiga de unas tranzaderas de oro é seda, que le ceñían por las espaldas é por encima de la vuelta del escudo; é muchos de los caballeros mancebos é grandes omes de la córte, acompañaban aquel día á don Alvaro de Luna, é unos levaban las lanzas, é otros el yelmo, é otros le iban sirviendo de lo que era menester. E don Alvaro avia grand voluntad de lo hacer muy bien aquel día, assi por le mirar el rey su señor, como muchas dueñas é doncellas, é grandes señoras que allí estaban, é por amor de la joya que de su amiga levaba; segund que lo avemos contado. E fizolo muy bien aquel día, é rompió muchas lanzas, é trajo muy buen tiento, é andovo muy fermoso caballero, é fue el mas presciado é loado de todos los otros: é ya el rey le avia enviado á decir que non ficiese mas, que farto avia trabajado por estonce. Don Alvaro que nunca jamás en los fechos de caballería nin en las otras cosas que oviese de hacer sintió aver trabajo, nin menos temió peligro que por esta causa le pudiese venir, envió un caballero á suplicar al rey quisiese dar licencia para hacer una carrera tan solamente. E á la sazón estaba en el renclé de la tela de la otra parte Gonzalo de Quadros, que era uno de los mayores é mas valientes é punteros, que por estós dias avia en la córte del rey. Los caballeros eran buenos é muy deseosos de hacer bien é viniéronse allí el uno al otro é don Alvaro encontró á Gonzalo de Quadros por encima la vuelta del escudo, de tan grand en-

cuentro que le puso por sobre las ancas del caballo, é si la lanza non se rompiera sacáralo de la silla segund el encuentro fue grande, é en buen lugar. E Gonzalo de Quadros encontró á don Alvaro por la vista del yelmo, é el roquete de la lanzada abrió la vista, é encontróle en la frente é con las puntas del roquete quebrantóle todo el casco de aquella parte de la cabeza; pero don Alvaro non cayó del caballo, é comenzó salir tanta sangre de la ferida por la vista del yelmo, que todos los paramentos é sobrevistas, é las tranzaderas que su amiga le avia enviado fueron llenas de sangre. E estonce llegaron muchos de aquellos caballeros á él de los que le servían é acompañaban en la justa, é tiráronle el yelmo, é descendieron del caballo. E las dueñas é doncellas que avian tanto mirado á don Alvaro como lo avia fecho bien, é lo vieron ferido é todo ensangrentado, comenzaron á hacer el mayor llanto del mundo. E el rey mandó cesar la justa, é ovo muy grand pessar de la ferida de don Alvaro, é todas las fiestas fueron tornadas en tristeza é desplacer por aquella ferida de don Alvaro. E quando aquellos caballeros llegaron á don Alvaro de Luna, é lo ficeron apear del caballo, él les dixo, que ¿para qué lo facían apear? que non tenia mal ninguno porque dejase de hacer lo que tenia entre las manos. E estonce ellos le dixerón que estaba muy mal ferido, é que mas avia menester los maestros que non aquello, é ficerón traer del agua, é como ge la lanzasen sobre la cara, él comenzó demandar ¿dónde estaba; é qué sangre era aquella que tenia? Estonce le dixerón: «Vos estais ferido muy mal de un encuentro que ovistes en la justa.» E allí se comenzó de recordar, ca la grand ferida lo avia sacado fuera de sí, é levaronlo de allí en unas andas á su posada, é el rey mandó llamar los mejores maestros cirujanos que tenia en su córte, é todos los mejores de la comarca, é mandóles que assi curasen dél como de su persona mesma.»

Tambien quando don Alvaro de Luna fue elevado á la dignidad de condestable de Castilla, se celebraron espléndidas funciones en Tordesillas. «E el condestable don Alvaro ordenó muy ricas justas é otros entremeses en los cuales el rey é toda su córte ovieron mucho placer é alegría. E el condestable, que siempre los tales fechos fizó mas honrosos, é mas sabiamente ordenados que otro alguno, fizó allí muchos dias sala al rey é á la su córte. E todos los caballeros é escuderos é pages de la casa del condestable, en la cual avia muchos hijos de condes é de grandes omes, é personas principales, procuraron de salir muy ricamente vestidos é arreados á las fiestas é justas, é servir muy nueva é apuestamente en todos los otros entremeses. Allí fueron sacadas ropas muy ricas que el condestable avia dado á todos ropas de seda: é allí salieron bordaduras é invenciones de muy nuevas maneras, é muy ricas cintas, é collares; é cadenas, é joyeles de grandes prescios, é con finas piedras é perlas, é muy ricas guarniciones de caballos é facaneas, en tal manera que toda aquella córte relumbraba é resplandecía.»

Mas adelante, despues de ciertos disturbios políticos, mientras don Alvaro se hallaba fuera de la córte, le mandó á llamar el rey, y para entrar en ella hizo el condestable lujosos preparativos. «Non fue de pequeño prescio, dice el cronista, el arreo é rico guarnimiento que para el condestable é los caballeros é escuderos de su casa se adereszó, é fizó para aquella entrada en la córte. Allí fueron traídos plateros, argenteros, é bordadores, é sastres de la córte del rey, é aun fuera del regno, los cuales muchos dias fueron ocupados en hacer guarniciones de oro é de plata, é cintas, é cadenas, é ropas, é otras bordaduras muy ricas, cuales ante non avian parecido en la córte... E venian todos muy arreados é bordados, todos grandes é pequeños, é muy ricamente vestidos. El condestable iba vestido de camino, de muy nueva manera é muy rica, é levaba tras sí muchos pages é muy estraños caballos, los cuales siempre se presció de tener escogidos, como aquel que los sabia muy bien cabalgar é conocer. E los unos pages le levaban la lanza, é iban á la gineta: é otros á la aguisa en valientes caballos, todos cubiertos de paramentos bordados, é otros brocados, é chapados, por la manera que por ese tiempo se usaba en Castilla. E unos le levaban el arco con las saetas, é otros la ballesta de monte, otros los mantos de camino. E delante de sí levaba muchos ballesteros á pie é á caballo, todos vestidos de una librea, é sus trompetas, etc.»

Por no aducir tantas pruebas de los manantiales que nos ofrecen las antiguas crónicas para conocer las costumbres y los usos de la Edad Media, dejaremos de ocuparnos de otros torneos, de otras justas y funciones celebradas durante el mismo reinado. Daremos solo á conocer otro episodio de la esplendidez de don Alvaro de Luna, quando despues de ofrecer al rey y á toda la córte el espectáculo de una grandiosa cacería en los montes de sus Estados, entraron todos, festejantes y festejados en la villa de Escalona.

«E despues cavalgaron, é con mucha alegría fueron á descavalgar al alcázar. Algunos portugueses que allí venian con la reina, que non avian visto aquella casa, mucho se maravillaron quando vieron aquella entrada de la casa tan fuerte, é tan magnífica é caballerosa; ca estaban á las puertas grandes de la entrada muchas cabezas de osos é de puercos, é de otras bestias salvages, é en medio del postigo de la puerta estaba clavada una

muy grand piel de leon, con sus uñas é dientes blancos, la cual tenia muchas é grandes heridas. E aquesta piel del leon ovo enviado un rey moro de allende el mar al maestre de Santiago, entre otros dones de que le fizó presente, faciéndole saber por sus embajadores, que aquel leon avia fecho muy grand daño en una parte de Africa, é que era el mayor que nunca entre ellos fuera visto: é por memoria de aquél, é honra del rey que ge lo enviara, el maestre lo avia mandado poner á las puertas de la entrada de su casa.»

«Despues que entraron dentro en la casa, fallaronla muy guarnida de paños franceses é de otros paños de seda é de oro, é muy ordenada de todas las cosas que convenian é todas las cámaras é salas estaban dando de sí muy suaves olores. Las mesas estaban ordenadas, é puesto todo lo que convenia á servicio dellas: é entre las otras mesas sobian unas gradas fasta una mesa alta: el cielo é las espaldas della era cobierto de muy ricos paños de brocado de oro fechos á muy nueva manera. En esta mesa avia de comer el rey é la reina: é mandó el rey comer allí á su mesa al arzobispo de Toledo, é á doña Beatriz hija del rey don Donis, tia del rey, que andaba con la reina. E las otras dueñas é doncellas ordenó el maestre que comiesen en las otras mesas baxas en esta manera: un caballero é una doncella á par dél, é luego otro caballero é otra doncella, assentado cada uno segund el quien era. Los aparadores do estaban las baxillas estaban á la otra parte de la sala, en los cuales avia muchas gradas cobiertas de diversas piezas de oro é de plata: é dende habia muchas copas de oro con muchas piedras preciosas é grandes platos, é confiteros, é barriles, é cántaros de oro é de plata cobiertos de sôtiles esmaltes é labores. Aquel día fue servido el rey allí con una copa de oro que tenia en la sobrecopa muchas piedras de grand valia, é de esmerada perfección, la cual la cibdad de Barcelona ovo presentado entre los otros dones al maestre quando á él ovo enviado sus embajadores, deseando su amor é amistad, oyendo decir sus grandes fechos é virtudes. E despues que el rey é la reina, é los otros caballeros, é dueños é doncellas fueron á las mesas, traxeron el agua-manos con grandes é nuevas cirimonias. Entraron los maestresalas con los manjares, levando ante sí muchos menestriales, é trompetas é tamborinos: é assi fue servida la mesa del rey é de los otros caballeros, é dueños é doncellas, de muchos é diversos manjares, tanto que todos se maravillaron non menos de la ordenanza que en todo avia, que de la riqueza é abundancia de todas las cosas. Despues que las mesas fueron levantadas, aquellos caballeros mancebos danzaron con las doncellas, é tovieron mucha fiesta.»

(Se continuará.)

F. JANER.

## LA CENIZA EN LA FRENTE.

(ÚLTIMAS BROMAS DEL CARNAVAL.)

¡Público! si tú me ayudas con tu malicia y tu risa, verdades diré en camisa poco menos que desnudas.  
(QUEVEDO.)

### I.

Pero ¡señor mio! si ya pasó el Carnaval; si ya no es tiempo de bromas; si ya estamos en Cuaresma;—me dirá algun respetable papá ó alguna vieja devota que va á reparar las cuentas de su rosario bajo las bóvedas de San Ginés.

Y continuarán á duo...

—¡Cuidado con el hombre! Con bromitas viene cuando aun debe estar escuchando la triste sentencia aquella de *memento homo etc.* Cuando su frente debe sentir aun la fria impresion de la ceniza... cuando...

El autor pide la palabra.

—Señores: ustedes se hubieran ahorrado todas esas palabras, hijas de sus escrúpulos, si se hubieran detenido en el primer epígrafe de este artículo que, por cierto, no todo lo que anuncia es broma.

Ademas, las últimas bromas y los acentos *infernales* de la última galop del Carnaval, encierran cierta filosofía que... Y, sobre todo,—dejen ustedes que me esplique, que despues pueden hacer las reflexiones que gusten.

—¡Qué hable! ¡que hable!—dicen los carísimos lectores de EL MUSEO.

### II.

A eso voy, con el permiso de ustedes.

Hay dos clases de Carnaval; mejor dicho, dos carnavales.

El uno admite careta; le es indispensable para ir cantando verdades por esos mundos de Dios.

De lo que se deduce que la verdad es una honrada señora que se avergüenza de andar desnuda.

El otro es un carnaval desvergonzado.

Me explicaré.

Hombres y mujeres andan en él revueltos, pero sin careta.

¿No es cierto que es una anomalía?  
Pues no importa, porque ellos y ellas mienten y se engañan que es un gusto. Y ni ellos ni ellas lo conocen, ó cuando mas lo conocen tarde, que es mucho peor.

El primer carnaval dura algunos días. El segundo todo el año.

Y cuántas veces los engaños é ilusiones, fruto de once meses, pierden su hermosa apariencia, ofreciendo el triste desencanto de la realidad; á un pobre corazón, á cuya costa quiso lucir su talento una graciosa y *caritativa* máscara.

Alzando los rosados pétalos se hallan las punzantes espinas.

Levantando la dorada y lujosa lápida, se ve tras ella la triste realidad de la humana miseria.

Y esto sucede siempre. Y es una verdad reconocida; acaso porque su triste voz revela lo que el antifaz ocultaba á nuestros ojos.

La verdad, aun de máscara, tarde ó temprano se descubre. Su severo y frío acento la vende; pero sus bromas no son por eso menos pesadas.

Vosotros, los constantes observadores, mirad bien cuando cruzais por el salon del Prado, en esos días de algazara y confusión en que no hay distincion de clases, porque el amo y el criado se han puesto un mismo vestido; en que la mujer lleva con aire varonil los pantalones, y el hombre con gracia y garbo la enagua almidonada; en que hasta los pasados siglos echan una cana al aire y se mezclan alegremente, representados por la capita chamberga y el manto de emperador romano.

Mirad bien los rostros de los benditos que de grado ó por fuerza han de escuchar lo que les digan cuantas máscaras se les acerquen.

No trateis de averiguar qué significan las risas con que acogen casi todo lo que oyen, porque la mayor parte de las veces ni ellos mismos lo saben. Pero estad seguros de que cuando las risas cesen y cese el trato familiar que dispensan á los embromadores, y se nuble de repente la alegría que sus rostros animaba, es que algo desagradable llegó á sus oídos, que para ellos tiene todos los visos de verdad, y verdad que tal vez concluya por preocupar su espíritu hasta el punto de convertir aquel inmenso campo de alegre y placentera expansion en cementerio triste de viejas ilusiones.

### III.

Y cuántos plazos se cumplen, y cuantas deudas se pagan en esos últimos días de carnaval!

Ni el zapatero, ni el sastre, ni el constructor de carruajes pudieron encontrar nunca en su casa al marqués de V... que va á perder al casino algo mas del valor de sus trampas. Nunca se atrevieron á saludarle en la calle sino de lejos. De lejos miraron siempre con avidez el brillo de sus charoladas botas, el gracioso corte de sus fraes y el rico damasco de los almohadones de su berlina. Pero conociendo el mútuo infortunio, determinaron hacer la triple alianza.

El marqués se paseaba el martes de Carnaval por el Prado y en carretela abierta, para que sus amigos se le acercasen y saludasen con mas facilidad. Pero no contaba con la huésped, ó con los *tres huéspedes burlados*, que para el caso es lo mismo.

El constructor de carruajes, el sastre y el zapatero que, aunque españoles de nacion, en mal hora convirtieronse en *ingleses*, no vacilaron en disfrazarse hasta de moros para ir á reclamar las deudas que, si bien no ascienden á millones, exigen cierta diplomacia, que á no ser diplomacia de Carnaval, pudiera llamarse desvergüenza.

Y los disfrazados *ingleses* fueron á asaltar la carretela del marqués, que los recibió con la sonrisa en los labios, creyéndolos moritos de paz.

Y ¡aquí te quiero, espingarda! (que no siempre ha de ser escopeta). Pasadas las primeras exclamaciones y frases de *cajon* que entran en el dominio público, llegan las notas adicionales, secretas.

El marqués palidece, lleva maquinalmente sus manos á la cartera en que tiene sus *papelitos de color*, y temiendo un trueno gordo, distribuye con reserva unos cuantos entre aquellos saltadores de nuevo cuño, jurando no volver á fiarse de moritos de Carnaval, que así saben poner la ceniza en la frente antes del día que señala la Iglesia.

En otra carretela paseaba tambien la hermosa señora de M... El señor de M... su marido se puso en un estribo para embromarla, disfrazado de oso, cuyo papel desempeña en la sociedad á las mil maravillas. Cuando mas entusiasmado se hallaba en sus bromas, se colocó en el otro estribo un joven vestido de arlequin, que despues de hablar al oído de la dama:

—¿Irá á Capellanes con el capuchon del mismo color? dijo en voz alta.

—Iré, contestó ella conmovida y estrechando la mano que le presentó el joven.

El arlequin desapareció entre la multitud.

El señor de M... pasó la mano por el hocico de su carreta, dió un bufido y abandonó, rabiando de celos, el carruaje de su esposa. El oso fué por lana y volvió tranquilo.

Pero juró vengarse.

Para cumplir su juramento, creyó que no habia mas

que ir al baile, y al momento compró su billete de entrada.

Nosotros entraremos *gratis*, querido lector. Vamos á dar los principales toques en nuestro cuadro *centen-*

### IV.

Están muy equivocados los que creen que á Capellanes van *solo* gentes de *poco mas ó menos*.

Acaso á esa generalizada creencia se debe el que vaya quien no iria de otro modo.

Si pudiera nuestra vista penetrar al través del tafetan y el terciopelo de algunos capuchones, conoceríamos á alguna de esas damas, timoratas de condicion, que, al oír hablar en sus gabinetes de los bailes de Capellanes, sonrien con el desden de la hipocresía.

Para gozar de un capricho sin que el mundo lo sepa, no hay como convencer al mundo de la repugnancia que nos causan los medios de satisfacerle. ¿Cómo asistirian sino á *ciertos* bailes tantas esposas, hijas, hermanas y sobrinas, si, al hacer las nocturnas escapatorias no descansasen en la ciega confianza de los profundamente dormidos tíos, hermanos, padres y esposos? Y digo dormidos, suponiendo que *ellos* no sean aficionados á esos bureos, porque, en otro caso, las inocentes palomas suelen lavarse en agua rosada embromando en las máscaras á los mismos bienaventurados que creen en sus gazmoñerías.

Yo convengo en que las figuras de *bulto*, permítaseme la frase, la figuras de verdadero movimiento, las bulliciosas que dan á tales funciones ese color chillon y abigarrado que las caracteriza, que constituyen la vida íntima, la indispensable existencia de los bailes de Capellanes, pertenecen casi todas á la clase de oficiales de sastre y peluquero y de oficialas de modista. Sobre todo estas, niñas alegres, retozonas y picarescas, con mas gracia natural que las grisetas que cruzan las enramadas del Maville de París; *busconcillas*, como las llamaria Quevedo; aunque para eso de *buscar*, mozas hay allí de mas empaque y menos vergüenza que se la sueltan al lucero del alba por bailar con un estudiante de *trueno fino*.

Pero detrás de esas figuras que aparecen en primer término, hallareis otras que, como si temieran ser descubiertas por la distincion de sus movimientos, se sientan en los rincones y buscan la sombra como las mamás y las tías que acompañan en calidad de *argos* á sus inocentes niñas, cazadoras de gangas.

Esas figuras, lector, tú las adivinas de sobra, porque las vende su mismo exagerado recato. Sus razones tienen para ir á Capellanes, aunque es otro el teatro natural de sus aventuras.

¿Lo veis? Crece la animacion, el movimiento. Personas de ambos sexos, de todas edades, disfrazadas, sin disfraz, se tropiezan, gritan, se saludan, se agitan alegremente.

Todo es bullicio y algazara. La orquesta preludia un wals, y poco despues, cien parejas sedientas de delicias, se lanzan en vertiginoso movimiento. Una fruicion ardentemente voluptuosa, absorbe y enagena al corazón mas tímido.

Y esa alegría, esa animacion, ese loco entusiasmo, parece que encuentra eco hasta en la parte pasiva de la concurrencia.

¡Los recuerdos!... Ved ahí, niñas hermosas, el fruto que sacan vuestras madres de lo que para vosotras es la vida del corazón y la gala de la fantasía.

Ellas tambien bailaron. Y al sentir hoy en torno suyo esa perfumada atmósfera, templada por el calor de cien bugias y por el aliento de vuestros suspiros; al admiraros radiantes de amor y de belleza, ligeras, fascinadoras, sonrientes, como la mitológica diosa de la danza, ellas cierran los ojos para mirar atrás y evocar con el corazón y el pensamiento todo un mundo brillante de pasadas glorias.

Acaso el goce que esos recuerdos les proporcionan no será tan expansivo como los vuestros; pero de seguro es mas duradero; se reconcentra mas en el alma porque en ella ha echado ya sus raíces.

Vuestros goces nacen de una hermosa ilusion; pero nada mas que hermosa. Los suyos nacen de una ilusion... realizada. Y, como dice un distinguido y joven poeta dramático:

«La gran ciencia de la vida es realizar ilusiones.»

La ilusion de vuestras madres podria ser muy completa.

Mas ¡ay! que entre las bromas del Carnaval, hay algunas que no meten ruido, silenciosas; pero con un silencio que pesa en el alma, que amarga, que desconciela profundamente.

Cuando ellas, al representarse el mundo de sus glorias pasadas, se encuentran jóvenes, frescas, risueñas, con todo el brillo fascinador de los veinte años, vosotras, al interrumpir un wals ó una danza, descubris un espejo que se ocultaba en vuestra sombra y que acaso no se colocó allí sino para adorno, y en el cristal de aquel espejo que representa la amarga verdad, ven su rostro marchito, ajado, los ojos sin brillo, la cabeza cubierta con la nieve de la vejez.

El tiempo, queridas niñas, no se disfraza para dar

sus bromas. Con mostrar á vuestras madres en el espejo del salon la blancura de sus cabellos, ya ha conseguido ponerles la ceniza en la frente.

Pero ¡bailad vosotras! Bailad y agitáos con alegre locura en ese torbellino embriagador. Sentid mucho; pero no penseis en nada; en nada mas que en vuestro amor, en vuestra belleza, en vuestros triunfos. Porque vuestra alegría y felicidad se turbarán de seguro si pensais un momento en que el tiempo inexorable puede venir algun dia entre las últimas bromas de Carnaval á ponerlos la ceniza en esas frentes que hoy coronan las flores de la primavera.

### V.

El wals ha concluido. Pero la animacion, los chistes y las risas continúan. Entre la variedad de trajes apenas se distinguen media docena de turbantes. Pero entre ellos deben andar los diplomáticos *ingleses* del marqués de V... Y ¿cómo no? Necesitan celebrar en grande su golpe estratégico.

Y lo celebran bailando; y despues con una, para ellos, opípara cena.

El marqués estaba en desgracia. Despues de haber sufrido el ataque brusco de los moritos, fué á cierta casa á perder el resto de sus billetes por empeñarse tenazmente contra una *judía*.

Entró en el baile desesperado. Una vestal de *pega* trató de consolarle, envolviéndole dulcemente entre los pliegues de su velo blanquísimo, y entre un *¡te quiero!* y un *¡me querrás?* concluyó por sacarle hasta el último ochavo que en sus bolsillos quedaba, con el juego mas limpio que se ha visto en manos de mujer.

El marqués, al amanecer el miércoles de ceniza, se acordó de que era polvo todo su capital y se encontró con todos los elementos necesarios para ayunar rigurosamente durante la Cuaresma.

El señor de M... que es uno de esos maridos que, por su corazón pobre y su falta de talento, logran hacer mala á la que pudiera ser modelo de esposas, entró en el baile con su traje de oso, dando bufidos y atropellando á cuantos se le ponian delante.

Era una bestia feroz que iba á caza de arlequines y capuchones. Pero como no sabia el color del de su mujer y los arlequines no escaseaban en el baile, resultó que despues de dar en el salon mil vueltas, chocó de frente con el primer arlequin acompañante de capuchon que tuvo la fatalidad de tropezarle.

Pero no eran el capuchon y el arlequin que buscaba, y aquel choque produjo un trueno espantoso.

Y aquel trueno un diluvio de sombrerazos y cachetes, como dice Quevedo en su romance. El bastonero enarbolaba su baston, los músicos de la orquesta sus instrumentos; las mamás gritaban buscando á sus niñas; las niñas se desmayaban en los brazos de sus enamoradas parejas, y aquello se convirtió en un *mare magnum et revolutum*, en un verdadero campo de Agramante.

Los *ingleses* del marqués, por sus trajes de moros, sufrieron entonces la terrible persecucion de los que vestian como cristianos viejos, y sacaron de aquella campal batalla su ceniza en grandes chichones, que no todo habia de ser para ellos ricas tortas y pan pintado.

Al oso le deshicieron á puñetazos su enorme cabeza; y con dos dientes menos y un ojo casi perdido, salió, entre los silbidos y gritos de los vencedores, conducido por dos guardias á la prevencion y desde allí al Saladero, como iniciador de aquel escándalo.

Su mujer cenaba entre tanto en compañía del arlequin. Pero el fondista los *embromó* con una mala y cara cena que á ella la produjo una indigestion y á él le dejó sin una moneda con que comprar una caja de fósforos.

Y como despues de dejar á su pareja enferma, tuvo que retirarse á su casa, y no habia amanecido aun, y era infernal la escalera y no tenia una triste cerilla que le alumbrara, dispuso el cielo que aquel Tenorio se rompiera las narices antes de llegar á su habitacion, sin duda para avisarle que hay una mano invisible que pone la ceniza en la frente á los soberbios y á los locos que se olvidan de que polvo son desde que nacieron.

Y ademas del marqués, y sus *ingleses*, y las mamás de las nuevas Terpsícoras, y el señor de M. y su esposa, y el arlequin, amanecen el miércoles con la ceniza en la frente, todos los que por embromar salen embromados.

El amante que se aprovecha de la careta para asegurarse contra su voluntad de la infidelidad de su novia.

El marido que por ir al baile á caza de gangas, se encuentra con que la primera que le sale á tiro es su mujer, cuando la creia durmiendo á pierna suelta.

El diputado á quien un hijo legítimo del pueblo asegura que así sabe representar la voluntad nacional, como un cómico de la legua la gran figura del Cid Campeador.

El mal poeta á quien advierte un Aristarco que sus versos ponen de endiablado humor á las bellas y castas hermanas de Apolo.

Y entre otros muchos mas, todos los que despues de tanta broma y tanto baile, han sacado de baile y bromas lo que el negro del sermón.

Por último; si, lo que Dios no quiera, este artículo os ha fastidiado, habrá conseguido ademas poner á su autor la ceniza en la frente.

EDUARDO BUSTILLO.



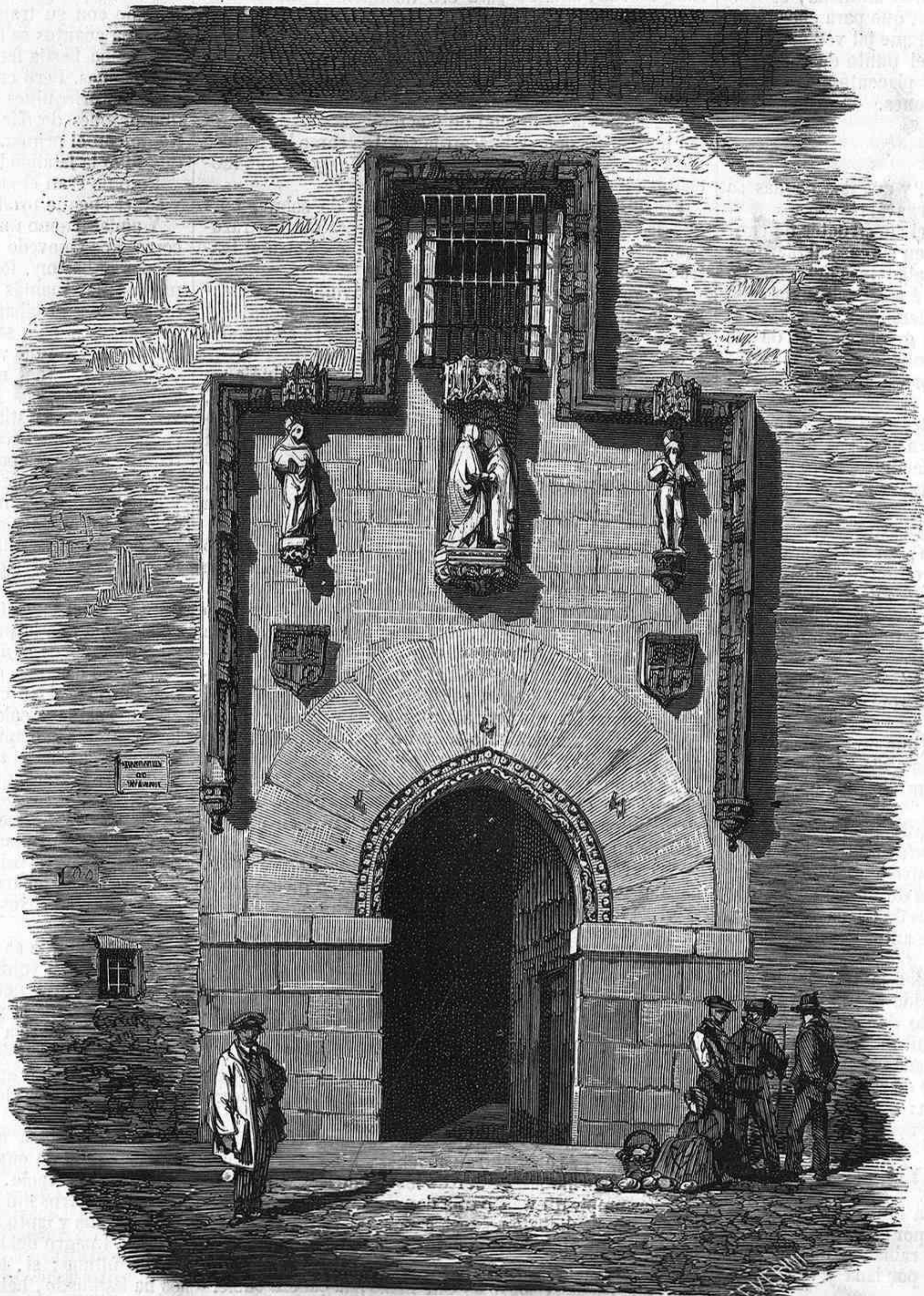
LA VIDA DOMÉSTICA EN GHINA.—LA FAMILIA DE UN MANDARIN Y SUS CRIADOS. (DE FOTOGRAFIA).

EXTRACTO  
DEL DIARIO DE UN RUSO  
EN PEKING EN 1858.

(CONTINUACION.)

Después de haber estado sentados un momento á la mesa con toda ceremonia, tomando algunas tazas de té y comiendo aquellas frutas, que según Bian gustaban mucho al enviado francés, nos pusimos en camino, acompañados de una multitud de mandarines, para dirigirnos al mar, cuya superficie estaba casi al nivel de la costa y de la que se diferenciaba poco por su color. Al bajar la marea había quedado la playa en una extensión de quince sagenas (1), cubierta de un lodo en que nos metíamos hasta las rodillas, y por el que fuimos andando penosamente, casi arrastrados por los marineros hasta la orilla del agua. Allí entramos en la lancha *Sanban* y nos trasladamos al junco que estaba dispuesto para nosotros. Inmediatamente prepararon las velas y nuestro macizo junco impedido por un viento fuerte empezó á andar velozmente, cortando las olas turbias y sacándonos de entre aquellas infinitas ceremonias engañosas. Echando una mirada, ví ante mí, hácia el Este, una sábana inmensa de agua amarilla y turbia surcada por las olas y semejante á un campo arado después de la lluvia. Delante, hácia la derecha, se veían dos puntos negros formados por dos cañoneras inglesas; detrás de nosotros se distinguían los puntos blancos de las ruedas de nuestro vapor *América*, que se hallaba á wersta (2) y media de la costa. En el fondo de la popa de nuestro junco había cuatro agujeros extraños á manera de pozos, de media toesa de profundidad; en el fondo de estas escotillas, tanto por la parte de delante co-

(1) Sagena, medida rusa equivalente á una toesa, poco mas ó menos.  
(2) La wersta rusa es poco mas de un kilómetro.



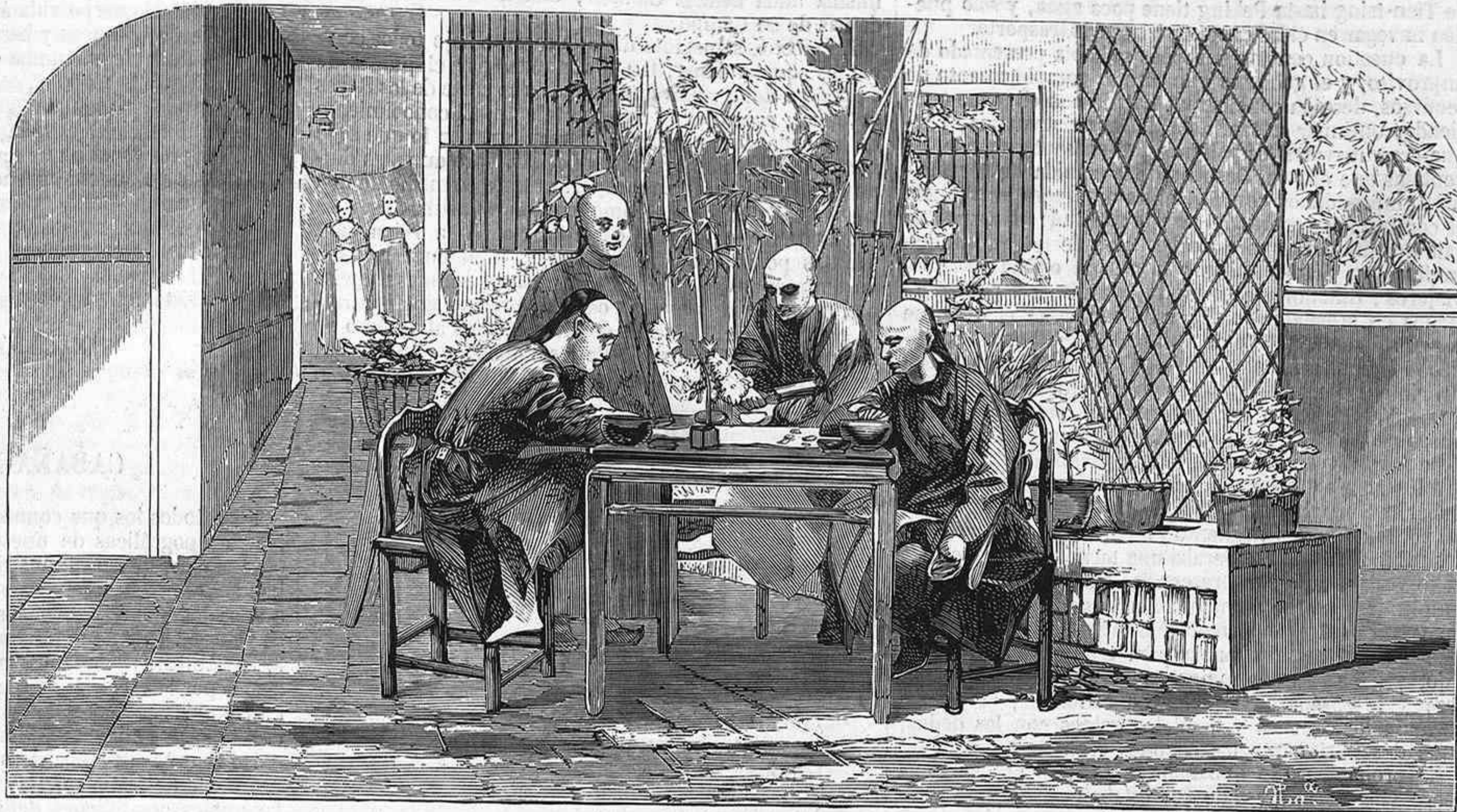
PORTADA DEL HOSPITAL DE LA LATINA EN MADRID.

mo por la de detrás, y las paredes que formaban su hueco ó nicho, estaba dispuesto lo que servía de asiento. Bian deseaba no sé por qué, que nos ocultásemos con él de las miradas de los ingleses que debían pasar en sus buques por el canal delante de nosotros y nos invitó á bajar á la sala del junco, pero preferimos quedarnos sobre cubierta; él se ocultó por fin con uno de los oficiales que nos habían acompañado, y el otro se quedó sobre cubierta con nosotros; pero al aproximarse nuestro junco á los buques ingleses, me le pareció que los ingleses le considerarían bien viéndole con nosotros descendió á aquella especie de pozo y se ocultó en aquel parage oscuro efectivamente, si nuestro junco hubiera tocado al borde de los buques ingleses y estos le hubieran visto desde los mástiles mas altos en el fondo del pozo, no hubieran distinguido mas que las puntas de las botas de seda de mi misterioso compañero de viaje. En algunos minutos nos aproximamos á nuestro buque, el junco había descrito un semicírculo; desamarraron una chalupa para nosotros y saltamos en ella; al bordo del buque se habían formado en hilera nuestros rubios compatriotas con sus sombreros blancos y sus trajes graciosos; en el timon vimos un hombre, del cual solo se distinguía el gorro y el color azufre, y dijo: «hème aquí vestido, señor conde.» Después echaron una escala para que subiéramos al bordo, y aparecíamos de pronto entre nuestros compatriotas; en ocho años no habíamos visto á ningún ruso, en ocho años no habíamos oído el sonoro acento ruso, por lo que con un placer evidente y temblor de alegría abrazamos á aquellos huéspedes que venían del otro lado del mar. Los chinos se alejaron y nosotros bajamos á la cámara para estar mas cómodos y mas libres. Allí supe los detalles de nuestra expedición, de la que solo los ecos habían llegado á Peking, pero esta Odisea no había concluido aun. Por la tarde, según costumbre, los marineros cantaron melodiosamente sobre la cubierta el Padre nuestro; los acentos de nuestra oración se esparcieron por aquellas costas del mundo pagano y nuestras almas se elevaron hácia su verdadera patria.

Después de cenar bajé á la chalupa para ir á nuestro junco verde, con dos compañeros que pertenecían al equipaje del buque; el junco se hallaba cerca y se balanceaba sobre las olas agitadas del mar; todo estaba preparado en él para que yo pasara allí la noche; nos colocamos en una cámara pequeña que era la única que había en el junco; un viento fuerte empujaba de un lado á otro esta ligera embarcación, haciéndonos sufrir los mismos vaivenes que ellas; sobre la cubierta oímos un gran ruido, como si hubiera caído sobre ella algún palo; me pareció que de-

bia agarrarme con ambas manos á la mesa; pero mis compañeros no prestaron la menor atención á aquel ruido; uno escribía y el otro estaba leyendo como si estuviesen tranquilamente en un gabinete; la falta de costumbre de hallarme en un punto tan ruidoso me producía vértigos y una sensación semejante á un vahido; para librarme de esto, salí sobre cubierta casi arrastrando; y me senté allí en una oscuridad completa; las olas invisibles para mí azotaban los costados del junco; un viento fuerte y frío penetraba todo mi cuerpo cubierto de sudor por los esfuerzos que había hecho; pero este viento no era temible para la salud; según observación de los marinos, el viento del mar no ocasiona catarrros. Cuando estuve completamente repuesto, bajé á la cámara; yo debía haber abandonado esta especie de cuna y haber vuelto de nuevo al buque donde hubiera estado tranquilo. Allí en la cámara me hubiera entretenido en conversación con mis amigos hasta después de media noche.

26 de abril.—Por la mañana temprano sentí un ruido extraordinario encima de nosotros; era el que hacían los marineros lavando la cubierta del buque; poco después pasó la guardia con el tambor y empezamos á levantarnos; fuera del camarote donde yo había estado, ví otros huecos para camas hechos en los flancos del buque y dispuestos uno sobre otro como las tablas de un armario. Salí sobre cubierta; el aspecto que presentaba la costa era triste y solitario; el viento no cesaba de agitar el agua turbia; á un lado estaban dos buques, uno americano y otro inglés; hácia el Occidente aparecía la línea de las fortificaciones de la costa, las garitas de los soldados y la cúpula amarilla del templo del Espíritu del mar; hácia el Oriente se levantaban los fanales ó perchas con banderas encarnadas de tres puntas que mostraban el canal que formaba el mar y cuya agua tenía poca profundidad; á lo lejos se veían las velas de los buques de Peking que llevaban el arroz perteneciente á la corona y que pasaban tímidamente al lado de la flota europea, dirigiéndose á la embocadura del Khai-khe; la flota europea estaba en la rada, á lo lejos hácia el Oriente; mas allá de la barra ó fin de los bancos de arena y se extendía á algunas verstas de la costa, pero no se la veía. En el transcurso de este día al bajar la marea se descubrieron los bancos de arena y presentaron una superficie igual y húmeda en una estension inmensa á lo largo de la costa; los buques ó cañoneras europeas eran entre todos ocho ó nueve. Después de mediodía los de la guardia gritaron en la cámara: «los chinos se van.» Poco después se me presentó Bian. Habiendo recibido las instrucciones necesarias, me despedí del almirante y de todos los compañeros rusos del buque (mis compañeros de Peking habían quedado á bordo) y pasé con Bian al junco; esta vez descendí con él á aquella especie de pozo y me senté en el nicho para estar en conversación. Desembarcamos en la costa cuando ya anoecía, y yo llegué hasta mi alojamiento en palanquin alumbrado por linternas. Durante largo tiempo oí hácia el Oeste el eco de los gritos de los centinelas de la costa; alguno probablemente daba la vuelta en un bote á las baterías de la costa por el lado del río, haciendo resonar el aire con aquellos gritos tan fuertes, y los de la costa le respondían en coro. Poco á poco



LA VIDA DOMÉSTICA EN CHINA.—MANDARINES JUGANDO Á LAS DAMAS. (DE FOTOGRAFÍA.)

se fueron perdiendo estos gritos en la lejanía. Sobre las baterías del mar se veía el color rojo de los fanales. Yo me había separado con pesar de la sociedad rusa del buque y además sin tener esperanza de una solución favo-

nable en la cuestión que había pendiente. Los intereses y caracteres de las naciones que estaban en negociaciones eran diversos; sus convicciones contrarias; podía suceder que el amor de la paz exigiese al fin grandes sacrificios, pero estos sacrificios no se querían hacer; los chinos hubieran debido ceder en todo; ellos deseaban y buscaban una ocasión que diera una forma plausible á sus concesiones; pero esta ocasión no se les presentó.

27 de abril.—Esta mañana he recibido en mi casa á los mandarines á quienes visité ayer; á la cabeza de ellos estaba S... que goza aquí de un respeto particular, por ser el hombre de confianza del primer ministro. Mis huéspedes tenían el vano deseo de desahogar la indignación que los causaba la conducta de los ingleses; respecto á las demás naciones, no hablaban ni aun se acordaban de ellas. Algunas veces sus ojos brillaban llenos de odio y levantaban las manos como para que nosotros participásemos de su terrible dolor. Han venido aquí, como malhechores, me decía S..., han ultrajado impunemente á nuestro plenipotenciario (Tanting-sian), al hombre de confianza del emperador; saben nuestra pobreza y exigen millones al bogdo-khan; se han apoderado de una de nuestras ciudades (Canton), la ocupan en desprecio del derecho internacional; han atacado al honor de nuestro plenipotenciario Yeming-schen, y han humillado al imperio rebajando á nuestro soberano; ¡á nuestro soberano, monarca absoluto, elevado al trono y conservado en él por el cielo! Después pálido de cólera y volviendo su rostro hácia el Oriente como si viese á los ingleses, estendió en aquella dirección la mano derecha y dijo como desafiándolos: *aj lai, lai!* (es decir, ¡venid, venid aquí!)—Pero sin embargo, todo se quedó en estériles amenazas. Aunque se hallaban defendidos por mar por un ejército de veinte á treinta mil soldados, tenían poca esperanza en la resistencia, y todos deseaban que se hiciera un tratado pacífico. Podían aun sostener una guerra defensiva destruyendo las casas y concentrando las provisiones y las fuerzas en las posiciones fortificadas; los enemigos no encontrarían entonces hasta el mismo Peking, ni pan ni ganado que poder coger. Los chinos podían también aprovecharse de los sitios bajos de la llanura inmediata al mar é inundar una parte de ella destruyendo los diques del mar y del Khai-khe. Cuatro ó cinco mil juncos que estaban situados en la parte superior, hubieran servido para llevar combustible para los brulotes ó barcos incendiarios. Además el río Bai-khe des-

COMERCIO AMBULANTE DE MADRID.



¡ZOOORROS Y PLUMEEEROS...!

de Tien-ting hasta Peking tiene poca agua, y solo pueden navegar en él las canoas y barcas de transporte.

La cuestion con los europeos se habia presentado de improviso, y el gobierno que carecia completamente de recursos, deseaba concluir un tratado con ellos, no queriendo continuar su teoria de defensa sistemática, porque eran mayores los peligros que presentaba, que las ventajas que ofrecia. Despues de la comida de ceremonia, emprendimos con S... el camino para volver. En el camino nos sorprendió una tempestad; el agua que caia nos mojaba de piés á cabeza; y de noche nos detuvimos en Sian-schui-gu; la posada estaba llena de viajeros; dificilmente encontramos un sitio para alojarnos en la habitacion del amo de la casa, el cual me preguntó con el acento de Tien-ting y en tono melancólico si íbamos hácia el nacimiento ó hácia la embocadura del rio en el mar.—Hácia la embocadura, le contesté yo.—¿Vais á bueno ó á mal asunto? me dijo.—Hasta ahora nada hay resuelto sobre ello, le contesté. El posadero suspiró y no dió los mejores epítetos á los ministros y á los plenipotenciarios chinos, á los que acusaban de haber causado ahora la ruina general de la nacion. Observé por todas partes desaliento y temor, en particular entre los militares; nadie esperaba una terminacion favorable si se verificaba la ruptura con los europeos. Uno de los empleados que me acompañaban le consoló con la idea de que era mayor el temor que infundian los ingleses, que los motivos que habia para temerlos. Hace poco, dijo, que los ingleses cogieron á uno de nuestros oficiales, y le enseñaron una lancha cañonera; él estuvo tocando los cañones y dándolos golpes con los dedos; ¿qué descubrió? que los cañones eran de barro. Esto seria probablemente que habrian tomado por barro la mezcla de cera y grasa de que estaban cubiertos los cañones.

M. DE ABELLA.

(Se continuará)

## EL HOSPITAL DE LA LATINA.

El ornato arquitectónico no podia ser ya mas pomposo y desembarazado á fines del siglo XV. La mayor parte de edificios exornados con el gusto de la época, presentaban en verdad abatiendo paulatinamente la ojiva, demostrando afectacion en los accesorios y cierta falta de unidad en el conjunto; pero aun así, brillaba la arquitectura cubriendo los muros de minuciosos bordados, de dobles cresterías, ya caireladas, ya colgantes, con onduladas franjas, atrevidas grecas y lacinias, aéreos remates y delicados rosetones.

Sin embargo, cuando la arquitectura ojival entraba á principios del siglo XVI en el período de decadencia, abrumada por la misma abundancia y brillantez de sus elegantes adornos, sin fuerzas para sostener el peso de sus ricas preseas, prodigadas gentilmente en pórticos y en arcañas, en almenas y follajes, en gallardos frontones y esbeltos pináculos; debía perder algun tanto de su noble magestad y de su temeraria compostura, pues no era posible ir mas allá en delicadeza y soltura, en prodigalidad y esmero.

Hé aquí lo que sucede cabalmente en uno de los monumentos que de aquella época nos quedan en la coronada villa. La portada del hospital de nuestra señora de la Concepcion, fundado por la célebre doña Beatriz Galindo, llamada *La Latina*, ofrece á los ojos de los viajeros y de los inteligentes un precioso testimonio de la manera como la arquitectura ojival fue insensiblemente perdiendo toda la lozanía, todo el buen gusto de la época de su mejor apogeo. Construida la referida portada por un arquitecto moro llamado *Maese Hazan*, segun consta de una cláusula del testamento de los fundadores, no es por cierto modelo de estilo, ni obtiene un conjunto tan rico y armonioso como otras obras arquitectónicas del mismo género, no obstante de que las molduras y calados que la adornan las estatuas, con sus guarda-polvos, el grupo que representa la Visitacion y los escudos de armas que campean al lado de la puerta, son detalles dignos de ser respetados por la innovadora mano de nuestro siglo. En la misma portada se lee esta inscripcion:—*Este hospital es de la Concepcion de la Madre de Dios, que fundaron Francisco Ramirez y Beatriz Galindo, su mujer, año de 1507.*

En el interior de este edificio, en que existen unas cuantas camas en beneficio de los desgraciados, solo es notable el pasamanos de la escalera, de piedra blanca, con calados y hojarasca, trabajado todo con inteligencia y soltura.—Lo mismo de la portada que del pasamanos damos á nuestros lectores grabados hechos con el mayor esmero.—De sentir es que la situacion de tan preciosos restos de aquella antigua arquitectura, casi en la mitad de la calle de Toledo, no por cierto de las mas céntricas de la corte, impida que sean mas conocidos de nacionales y extranjeros. Sin embargo, segun los datos históricos que acerca de este edificio se conservan, se sabe que á propósito se construyó donde se halla para mayor comodidad de la poblacion, pues hasta allí llegaban á principios del siglo XVI los arrabales de Madrid. El monasterio antiguo, llamado de la Concepcion, y que sirve de iglesia al hospital, fue tambien fundado por la

misma doña Beatriz Galindo, una de las mas ilustres damas de su tiempo.

En efecto, semejante dictado merece bajo todos conceptos aquella dama, tan distinguida por el puesto de *consejera de la reina* que ocupó en la corte de los Reyes Católicos, como por su especial talento. El conocimiento de las bellas letras le fue muy peculiar, por lo que se le conocia con el nombre de *La Latina*, pero aun mas digno de admiracion es su comportamiento en medio de una corte rica y bulliciosa como era la de Castilla, pues ni jamás pensó en influir en el ánimo de la reina para asuntos políticos ó administrativos, ni al quedar viuda en temprana edad pensó en contraer segundas nupcias con magnates de elevada posicion, prefiriendo encerrarse en un convento, desde donde se dedicó al amparo de los pobres y al consuelo de los enfermos y afligidos, transmitiendo á la posteridad su nombre respetado y bendecido.

\*\*\*

## A UNA HIEDRA.

CANCION.

Hiedra, que por el suelo,  
Falta de arrimo, inclinas la cabeza  
Por el rigor del hielo  
Privada de belleza,  
¿Dónde el árbol querido  
Que dé esperanza á tu verdor perdido?...  
¡Cuán humilde y amante  
Tu paso temeroso te aproxima  
A ese álamo arrogante  
Que alza al cielo su cima,  
Y á cuyo pié postrada  
Demandas compasion, tú desdichada!  
Alguna vez parece  
Que sus frondosas ramas inclinando  
Que blando el viento mece  
Te está atento mirando,  
No de tu amor movido,  
Sino de tu infortunio condolido.  
Y entonces oírte creo  
Decir con débil tono y lastimado:  
«¿Diréle mi deseo?  
¡Oh! no, que puede airado  
Despreciar mi tormento,  
Y hacer mas rigoroso el mal que siento.»  
Hiedra, porque en tu suerte  
La imágen miro de la suerte mia,  
Por eso vengo á verte  
Y á darte compañía:  
Que mi propio quebranto  
El ageno al llorar alivio un tanto.  
Mas la tuya en balanza  
Con mi desdicha puesta ser no puede;  
Pues que dulce esperanza  
El cielo te concede,  
Y á mi penar ansioso  
Parece se le niega rigoroso.  
Tú del árbol amado  
Gozas eternamente la presencia;  
Mientras yo desdichado,  
En mi horrible impaciencia  
Tengo á grande ventura  
Lograr de paso su mirada pura:  
Tú, bien que lentamente,  
Algo te llegas á tu bien querido;  
Mientras mi amor vehemente  
Y mi oculto gemido  
¡Oh rigor de mi estrella!  
Ni alcanzar pueden que me acerque á ELLA.  
Oh hiedra derribada,  
Yo que en tus males te hice compañía,  
Temo que ya cansada  
De tan larga porfía,  
De amor busques los lazos  
Y el verde tronco ciñas con tus brazos.  
¿A quién, ¡ay! hiedra amiga,  
Mis tristes ojos volveré yo cuando  
Tu firme amor consiga  
El bien que está anhelando,  
Y en mi desdicha estrema  
Avergonzarte con mi amistad tema?  
Si en la suerte dichosa  
De perderla el temor nos dió amargura,  
¿Para qué en la angustiada  
Por asir la ventura  
Hacer esfuerzo tanto?  
¿No tiene el padecer tambien su encanto?  
A compasion te mueva  
Mi constante amistad, el dolor mio...  
De agradecido en prueba,  
Cuando en el seco estío  
Zumbe el insecto ronco  
Con mano amiga bañaré tu tronco.  
Bien pronto de mi hado  
El triste fin será, que ya deseo,  
Y entonces á este prado,  
De los ojos recreo,

Añadirás matices

Dando mi cuerpo vida á tus raíces.  
Verde entonces y hermosa  
El horror de mi tumba oscurecida  
Disminuirás piadosa,  
Ornando, condolida  
De mi desdicha estraña  
El ciprés mustio que me dé compañía.  
Mas no por mi consuelo  
Mi amarga suerte sufras: trepa ufana;  
Deja el humilde suelo;  
Ese tronco engalana;  
De tí abrazado crezca:—  
Mi triste corazon solo padezca,

ZACARIAS ACOSTA Y LOZANO.

## CABAÑA-MODELO.

Para todos los que conocen las condiciones climatológico-topográficas de nuestro país, es una verdad incontestable, que las industrias agrícola y pecuaria deben ser el objeto preferente de los estudios del hombre que se dedique á conocer los elementos de produccion de riqueza. Quizá ninguna nacion debe esperar tanto de la agricultura y la ganadería como España. Nuestro suelo, por la variedad de regiones y la diversidad de circunstancias meteorológicas, puede producir plantas de casi todos los climas y animales de muchas zonas.

No se crea sin embargo que la riqueza brota espontáneamente de la tierra. Hay muchos que ensalzando las favorables condiciones del suelo de España han creído que cual otra tierra de promision, bastaba arrojar acaso la semilla, para que diera abundantes y delicados frutos. Nacion hay—la Inglaterra por ejemplo—que con un suelo muy inferior al nuestro produce sin embargo mucho mas que el español. La causa debe buscarse en el trabajo y la inteligencia del cultivador. ¿Por qué muchas de nuestras provincias no ven prolongarse su primavera durante mas de la mitad del año? Es porque no tienen mas aguas que las que el cielo les envía, porque carecen de canales de riego que, variando el curso de los rios y robando al mar las aguas que continuo absorbe, las esparzan por los campos fertilizando comarcas hoy poco menos que infecundas.

Hay sin embargo otra causa tan grande como la que hemos apuntado, del atraso de nuestra agricultura. La abonos que son el alimento de los vegetales, que son digámoslo así, el receptáculo de donde estos extraen la primera materia para su formacion, escasean mucho entre nuestros agricultores; mas ¿es por que carezcan de medios para proporcionarlos? De ninguna manera. El ganadero posee con escoso los estiércoles que cubren de menos el labrador. La union de la agricultura y la ganadería ha de ser la palanca que levante nuestra produccion; mas por desgracia todavía hablamos de industrias agrícola y pecuaria, todavía distinguimos entre los intereses del ganadero y los del agricultor. No hay sin embargo mas industria que la de los campos, ni mas intereses que los del hombre que cultiva la tierra para alimentar sus ganados y alimenta ganados para estercolar sus tierras. Cuando alcancemos esa era de union armonía entre intereses que jamás debieron separarse la produccion de nuestro suelo será inmensa.

Por fortuna hay ya en algunas provincias establecimientos creados para encaminar á nuestro país por esa senda. Uno de ellos, acaso el mas importante, es la Cabaña-modelo. Creada hace algunos años y establecida en las posesiones del Real Patrimonio del Escorial no ha por de pronto todos los resultados que eran de esperar. Es indudable, que la causa de ese mal, fue el haber limitado su objeto, casi exclusivamente á la cria del ganado sajón. Hoy no es ese su único fin. Comprendiendo la presidencia de la Asociacion general de Ganaderos á cuyo cargo corre hace dos años la direccion de la Cabaña, las verdaderas necesidades de nuestra ganadería ensanchó la esfera de sus trabajos de explotacion.

Los ganaderos ilustrados de Europa observan hace algunos años un fenómeno importante: el predominio que las razas lanaras llamadas de carnes van tomando sobre las razas de lana fina. La iniciativa de este cambio, como la de casi todos los que tienen en zootecnia una gran importancia práctica pertenece á los ganaderos ingleses. La Inglaterra ha llevado la raza merina á la Oceanía y al Cabo. Las Américas españolas la poseen tambien. Las lanas, pues, de esas remotas regiones hacen una gran concurrencia á las europeas, concurrencia que cada dia irá en aumento; en este caso ¿qué queda de hacer á nuestros ganaderos? Fomentar las razas de carne, que dan tambien ricos productos en lanas, tanto mas cuanto que las necesidades, todos los dias crecientes, de la civilizacion modifican notablemente el régimen alimenticio exigiéndolo cada vez mas nutritivo.

De aquí que tan pronto como la Asociacion de Ganaderos tomó á su cargo la Cabaña limitase la cria del ganado sajón introduciendo en cambio razas extranjeras perfeccionadas—la d'Ishtley primero—para mejorar nuestras razas manchega y aragonesa haciéndolas mas aptas

para el cebo y mejorando á la par sus lanas, mas no en el sentido de las lanas alemanas, sino en pro de las lanas largas, de las lanas estambreras, que son, permítasenos la frase, *lanas para todos*, porque las finas, como la sajona y la merina perfeccionada, no pasan de ser objetos de lujo. No se crea tampoco que haya abandonado la producción de esas lanas. Ha conservado un corto rebaño de ovejas sajonas. A no haberlo hecho, hubiera olvidado que, hoy por hoy, nuestros mejores rebaños son de merinos trashumantes y estantes.

Tampoco está circunscrita la misión de la Cabaña-modelo al ganado lanar. Así el vacuno, como el caballar, de cerda y cabrio son objeto de su estudio. La aclimatación de las cabras de Angora, que rinden con su lana ó pelo, como también se le llama, un rico producto, se sigue con perseverancia.

El objeto de la mejora en el ganado vacuno es la formación de una buena raza lechera que sería de una gran importancia para la capital, tanto por la leche en sí, como por los ricos productos que con ella se elaboran. Trátase en el ganado caballar de la formación de una buena raza de tiro y en el ganado de cerda de conseguir razas émulas de esas inglesas tan precoces como ricas en sus rendimientos.

Así, pues, la Cabaña-modelo se divide hoy según las clases de ganado que posee en cinco secciones.

### SECCION PRIMERA.

#### GANADO LANAR.

Esta sección se subdivide en dos grupos:

El primero comprende las razas extranjeras aclimatadas ya ó que tratan de aclimatarse con objeto de producir sementales para perfeccionar nuestras razas indígenas. Este grupo comprende la raza electoral-sajona, ya aclimatada y cuyos sementales sirven para afinar nuestras razas merinas. Muchos ganaderos españoles han conseguido con los sacados de la Cabaña llevar la finura de sus ganados á un punto muy notable.

También pertenecen á ese grupo la raza inglesa d'Ishley, originaria del condado de New-Leicester, cuyo nombre lleva también, y la raza de la misma nación, conocida con el de South-Down del de las montañas donde se cria. La primera es de lana larga, gran volumen, mucha disposición para el cebo y acaso el tipo de las razas de carnicería, destinada á mejorar nuestras razas *bastas*. La segunda es de lana corta, de menos volumen que la anterior, aunque grande también, pero que le lleva la ventaja de ser mas *rústica* y por tanto de mucha mas fácil conservación.

Completa el primer grupo de la primera sección la raza francesa de lana sedosa, llamada de MAUCHAMP por haber sido en la granja de ese nombre donde Mr. Graux formó esa raza no hace todavía un cuarto de siglo, con merinos originarios de España. Su lana, por el brillo, la suavidad y finura se asemeja mucho á la cachemira, teniendo sobre es á la ventaja de que carece de percañinos ó pelocabrano.

En el segundo grupo están comprendidas las razas nacionales merina, manchega, aragonesa y churra. Las ovejas de la primera proceden de la antigua cuanto renombrada cabaña Curiel y se destinan por mitad á la cruce con los carneros New-Leicester y con los de Mauchamp Graux. Las segundas se cruzan con los carneros d'Ishley ó New-Leicester. En Andalucía, en Estremadura, en la Mancha y en Aragón se conocen ya los mestizos de estas razas procedentes de la Cabaña que han ido á cruzarse con los ganados de esas provincias.

### SECCION SEGUNDA.

#### GANADO CABRÍO.

En esta sección está comprendido un corto rebaño de cabras de Angora. Aunque quizá hayan degenerado algo del tipo primitivo, creemos que prodigándolas algunos cuidados podrán mejorarse mucho; podemos por lo menos asegurar que las muestras de lana ó pelo, tanto en sucio como lavada é hilada que hemos visto en la última exposición industrial de Barcelona, son inferiores á las que poseemos de la Cabaña-modelo.

### SECCION TERCERA.

#### GANADO VACUNO.

Comprende nuestra raza extremeña y algunos ejemplares de razas extranjeras; como la inglesa, suiza, escocesa y holandesa. El toro es de raza holandesa y reúne muy buenas condiciones; sin embargo, será sustituido muy pronto por un toro inglés que reúne todos los caracteres que deben distinguir al padre de una raza de cebo, tan precoz como voluminosa. Hay compradas también, aunque todavía no han llegado á la Cabaña, unas magníficas vacas inglesas.

### SECCION CUARTA.

#### GANADO CABALLAR.

El ganado caballar existente hoy en la Cabaña, vale poco. Consiste en algunas yeguas de poca alzada y de no muy buenas condiciones. Sin embargo, desde que el señor marqués de Perales dirige con tanto acierto la Cabaña, se les ha echado un caballo procedente de Aran-

juez, gracias al cual hay ya algunas potras muy superiores á las madres. Mas como el verdadero objeto es, como hemos dicho antes, hacer una buena raza de tiro, existen ya en Madrid con destino á la Cabaña algunas yeguas y un caballo traídos del extranjero que reúnen para ese fin excelentes cualidades.

### SECCION QUINTA.

#### GANADO DE CERDA.

Hoy posee ya la Cabaña dos razas inglesas, la una de poca alzada y de desarrollo algo tardío, pero que se mantiene con una gran facilidad, la otra voluminosa, muy precoz y de fácil cebo. Se hacen estudios sobre ambas para ver cuál es mas económica, cual rinde mas producto, que no está toda la cuestión en obtener un ganado de gran volumen sino en obtenerlo con poca alimentación.

No se limitará la cabaña á los ganados que tan ligeramente hemos apuntado. Todos los días se aumentarán según lo exijan las necesidades de nuestra ganadería y lo permitan los recursos de que hoy dispone.

Ahora mismo está haciendo un nuevo edificio con todas las dependencias necesarias para encerradero de ganados, almacenes, habitaciones para los empleados, etc., etc., en el centro de una de sus dehesas á cinco kilómetros del Escorial casi en la falda del Guadarrama.

La parte puramente agrícola recibirá muy pronto un nuevo impulso. Todo, pues, hace creer que la Cabaña-modelo está destinada á ser un establecimiento nacional y uno de los mas poderosos elementos de mejora para nuestra industria agrícola-pecuaria. Así también nos lo hace creer la parte que el gobierno ha tomado desde 1.º de año en el desarrollo de la Cabaña. El ministro de Fomento ha contraído el compromiso con la Asociación de ganaderos y la casa real de repartir á las provincias todos los sementales que la Cabaña vaya produciendo, y en cambio de esto contribuirá poderosamente á su entretenimiento.

En artículos especiales daremos á conocer las mejoras que se introduzcan y las razas de ganados que creamos mas útiles para cada una de nuestras provincias.

Escorial y diciembre 1860.

AGUSTIN SARDÁ Y LLABERÍA.

## EL CASCARO DE NUEZ.

### CUENTO FANTÁSTICO-MARÍTIMO.

(CONTINUACION.)

#### CAPITULO II.

DE QUIÉN ERA EL PIRATA MUSTAFÁ, Á QUIEN NI EL CONTRAMAESTRE NI LA TRIPULACION DE LA «BELLA MICAELITA» CONOCIAN Y DE CUÁN HONRADA Y ALEGREMENTE SE GANABA LA VIDA POR ESOS MARES DE DIOS; CON MAS EL PRINCIPIO DEL FIN DE TODAS SUS AVENTURAS.

Una vez apurados los vasos, la guardia de estribor de la fragata, sin exceptuar el piloto que la mandaba, volvió á ocupar su situación anterior; el *Zorro-marino* llenó y encendió de nuevo su pipa y se puso á fumar tranquilamente.

—¿No os parece, mi buen contramaestre—se atrevió á decir el grumete Casariego no siendo dueño de contener por mas tiempo su impaciente curiosidad—que el pirata argelino y su encantadora princesa habrán arribado ya sin novedad al puerto de su destino?

—Aun les faltan algunas millas, mi querido é impertinente grumetillo; pero si no han recalado recalarán, con la ayuda de Mahoma, á quien mil tifones hagan zozobrar, y mientras dejan caer el ancla, voy á deciros quién era el pirata Mustafá y á qué inocentes diversiones se entregaba con su *Serpiente*.

—¿Eso es, eso es!—esclamaron algunos de los marineros—veamos al fin quien era ese pícaro Mustafá,

—El pícaro Mustafá, mis buenos y queridos marineros, era un tunante de cinco mil toneladas y pico que habia sembrado el terror y el espanto desde el Estrecho de Gibraltar hasta los Dardanelos por espacio de veinte años y no habia ciudad, villa ni aldea á que dejase de imponer su contribucion de sangre, llevándose á centenares los pacíficos y honrados habitantes para venderlos como esclavos en las costas de Berbería y surtir los serrillos de lindas muchachas españolas, francesas, italianas y griegas, que le pagaban á precio de oro los sultanes y los bajos de tres colas, muy aficionados á esta clase de mercancías.

—Y diga usted señor contramaestre—preguntó uno de los grumetes—¿ese sultan y esos bajos de tres colas pueden arrancar sin cargo de conciencia con cuantas princesas bonitas les caigan por la banda?

—Los moros, mi querido tunantuelo, pueden embarcar á su bordo cuantas princesas les sea posible mantener buenamente.

—Pues en ese caso, mande usted que se eche al agua al instante uno de los botes; quiero romper mi contrato con los armadores de la *Bella Micaelita* y largarme á tierra de Morería con todo aparejo portable.

—Cuando calmen el viento y la marejada, y entre tanto, vé formando tu plan de combate para cuando saltes en tierra.

Pero volviendo á mi cuento, mis valientes muchachos, el pirata Mustafá hablaba perfectamente todos los idiomas de Europa; llevaba para él y su gente, compuesta de argelinos y renegados de todas las naciones cristianas, una variada colección de trajes; tenia en sus pañoles todas las banderas y gallardetes que se desplegan en el mar, y guardaba en los cajones de su cámara papeles corrientes y en toda regla para probar que su *Serpiente* era un buque mercante de esta ó de la otra nación que iba cargado de estos ó los otros géneros, y él un honrado capitán muy devoto de Dios y de los santos, á cuyo fin habia reunido á bordo, en estampa y de bulto, la mayor parle de los santos y santas de la corte celestial.

Y desempeñaba tan bien su papel aquel tunante, que mas de una vez se libró de las garras de los cruceros que le perseguían sin descanso.

—¿Y de dónde sacaba esos papeles?—preguntó uno de los marineros.

—De los buques que apresaba. Además, en habiendo dinero, mis bravos y queridos muchachos, habia entonces, hay ahora y habrá siempre todo lo que se quiere; y como al pirata Mustafá le costaba poquísimo trabajar el ganarlo, lo largaba fácilmente y en abundancia, y hubiese tenido documentos para probar que su *Serpiente* era una embarcación al servicio del Papa destinada á perseguir á todos los corsarios berberiscos habidos y por haber.

—¿Y eran tan tontos los cruceros—preguntó un grumete—que no conocían esa fragata desde quince millas?

—Si que la conocían, ó creían á lo menos conocerla, puesto que cada uno la llevaba dibujada para mayor acierto y seguridad, aunque habia mucho que hablar respecto al parecido de aquellos retratos; pero como el pirata Mustafá no era un grumete tan grumete como tú, á la vuelta de un cabo, en una ensenada cualquiera y hasta en alta mar cuando sus buenos catalejos le decían que ningun buque armado le observaba, quitaba la serpiente en que terminaba el gracioso tajamar de su fragata, reemplazándola con otra figura cualquiera; aparejaba su buque de bergantín, de polacra ó de jabeque, con una prontitud y una facilidad admirables; cambiaba la pintura de sus costados, en menos tiempo del que se necesita para tomar un par de rizos á las gavias en una noche de mal tiempo; escogía los papeles y el rol que el caso requeria, y venían cruceros.

Y no era esto solo, mis buenos y valientes muchachos; cuando le convenia entrar en un puerto, lo hacia sin maldita la aprension y se daba de nuevo á la vela, cuando bien le parecia, sin que nadie se le atravesase por la proa. Verdad es que entonces, habiendo piratas y corsarios por todas partes, no se hilaba tan delgado como ahora, ni se habian inventado esos malditos resguardos que nos impiden ganar honradamente la vida vendiendo en franquía nuestras pacotillas sin permiso de las aduanas, que así se colaran todas ellas por ojo.

Pero volviendo á nuestro pirata, no estrañareis que este tunante, á quien ya vamos conociendo á lo menos por el forro, hubiese recalado sin novedad al puerto de Marsella y dejado caer en él sus anclas. ¿Estuvisteis vosotros en Marsella?

Solo dos marineros y un grumete contestaron afirmativamente.

—Pues habeis perdido de ver una cosa buena. ¡Qué puerto tan magnífico! ¡Qué concha tan segura y abrigada la suya! ¡Qué muelles aquellos! y sobre todo ¡qué muchachas!... Verdad es que son un poquillo morenas, pero mas airosas y provocativas que un pailebot colombiano armado en corso y mercancía.

—¿Y se dejan abordar fácilmente?—preguntó el grumete Casariego.

—Segun y conforme, mi hermoso y querido orangutang: las hay que arrían el pabellon, en cuanto se les larga una andanada de napoleones, y las hay que le vuelven á uno la popa corriendo á un descuartelar en vuelta de afuera, aunque se las mande á bordo sacos abarrotados de luses por metralla, si el que pretende darles caza no larga en el tope por enseña la corneta matrimonial.

—Esa me parece—interrumpió uno de los marineros frotándose las manos—una maniobra demasiado atrevida para los tiempos que corren.

—Pues como iba diciendo, prosiguió el *Zorro-marino*, sin tomar en cuenta la observacion de su camarada—el pirata Mustafá entró en el puerto de Marsella, aparejada de queche su *Serpiente* y con bandera holandesa.

A la altura de la isla de Chipre habia apresado, quince dias antes, un buque de esta nación procedente de San Juan de Acre con cargamento de sedería, tapices, esencias y otras mercancías preciosas de la India con destino al puerto de Amsterdam, habia echado la tripulación en las costas de Palestina, para que fuesen, como buenos cristianos, á visitar el santo sepulcro y á llorar su desventura en el valle de Jericó; habia pasado al queche por ojo, despues de dejarle completamente en lastre, y como ni el buque holandés, ni el capitán

que le mandaba, ni ninguno de los individuos de la tripulación habían entrado jamás en Marsella, pudo el pirata servirse de sus papeles.

Una vez en el puerto, atracó á uno de los muelles, puso en venta sus mercancías y se dió á pasear por aquellas calles, la pipa en la boca y las manos en los bolsillos, con una flemma y una serenidad que podían dar quince millas de ventaja al holandés mas flemático y sereno de cuantos han nacido en los Países-Bajos.

Pero aconteció, que en una de aquellas bordadas por el interior de la ciudad tuvo la desgracia de divisar el casco de una muchacha lindísima, de ojos negros, capaces de hacer caer en tentación al mismísimo San Antonio, y la enfiló al instante la proa resuelto á tenderla los ganchos, aunque tuviera, para darla caza, que echar los palos por la banda á fuerza de largar trapo y mas trapo.

—Pero ese pícaro Mustafá—esclamó uno de los marineros—anda siempre á caza de princesas bonitas!

—Era su oficio, camarada, como lo es el nuestro andar á caza de chubascos y golpes de mar, y puedo asegurarte que hacia mejor negocio que nosotros. Pues como íbamos diciendo de mi cuento, habia en Túnez un bey que apenas podia aguantar ya el aparejo, de viejo y cascado que se encontraba, pero que se pirraba por unos ojos negros y una cinturita flexible, y le tenia encargado á nuestro pirata que si alguna vez se atrevía á tender las anclas en Marsella, le llevase á cualquier precio la mas linda y seductora de las princesas de Provenza.

Como en una poblacion tan grande no era fácil al pícaro Mustafá tender los ganchos de abordaje á su presa con la facilidad que lo haria si esta viviese en una aldea ó en un puertecillo de poco mas ó menos, principió á voltegear frente á la casa de la linda princesa que se proponia vender al bey de Túnez y la seguía por todas partes, pero nada; la muchacha de los ojos negros navegaba siempre en convoy y no habia medio de abordarla por sorpresa.

Pero como el pirata argelino no era hombre que virase por redondo por mucho que cargasen tiempos contrarios, se disfrazó de comerciante español, vistió de dependiente principal á uno de sus marineros mas finos y dispuestos, escogió otros dos para que desempeñasen el papel de criados, y una noche se dirigió con toda esta gente á una de las mejores posadas de la ciudad, asegurando que acababa de llegar de Barcelona con el fin de hacer efectivas unas letras y negociar un cargamento de aceite.

Daba la casualidad, mis buenos y valientes camaradas, que la futura princesa del bey de Túnez estaba guardada por una dueña que corria tras el matrimonio á toda vela y que daría por un marido los ojos de la cara, aunque ya habian pasado por ella cuarenta y dos equinocios; si bien debo confesaros, en honor de la verdad, que era una urca en muy buen estado de servicio y á la cual ninguno de vosotros volvería la popa si la encontrase por casualidad en su derrota.

El fingido dependiente se dió á seguir por todas partes la estela de la dueña, fingiéndose el enamorado, y no le costó mucho trabajo hacerla creer que la adoraba con mas fuego que un grumete barbilampiño, y que no tendria un momento de calma chicha hasta que se trincase á ella con las amarras del matrimonio.

Cuando la consideró en buen rumbo, la declaró con mucho sigilo que su amo estaba perdido de amores por la señorita á quien servia, y tras algunos dias en que él suplicó y ella se resistía y él volvió á suplicar y ella á resistirse menos, venimos á parar en que la tal dueña, á quien mil tempestades confundan, por temor de perder un marido tan cabal y la propina que de parte de su amo le habia ofrecido si proporcionaba á este la ocasion de entrar una noche en el cuarto de la señorita, consintió en todo lo que el astuto dependiente la propuso.

—¡Si yo cogiese á esa maldita dueña por sotabento...!

—dijo encolerizado el grumete Casariego.—

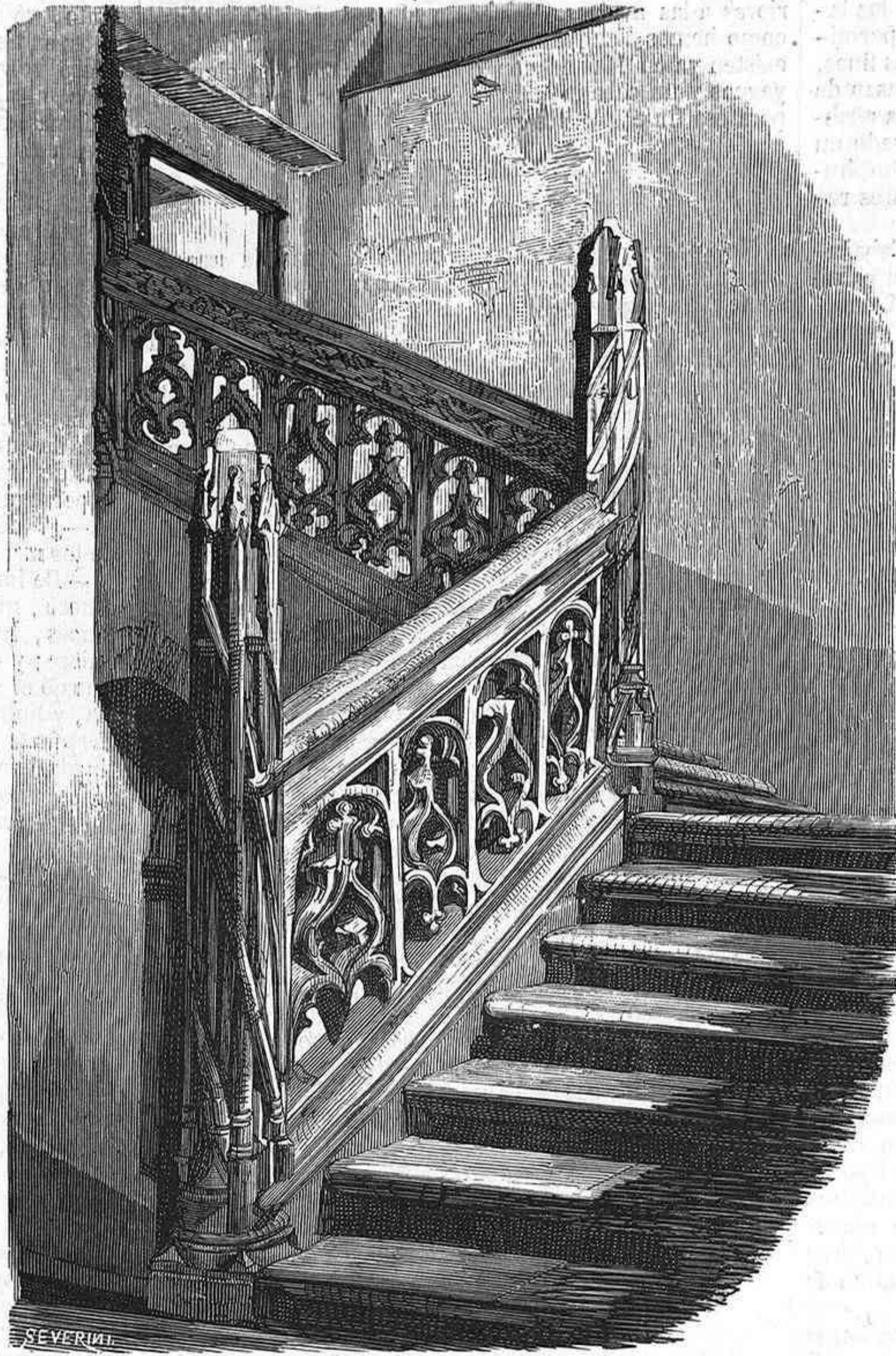
—¡Qué le harías, mi hechicero grumetillo?—preguntó sonriendo el Zorro-marino.

—Plantarla sobre un cañon de cruja y arriarla chicotazos hasta que la sangre de esa tunanta saltase á las crucetas de gavia.

—¿Y si fuese bonita?

—Aunque fuese mas hechicera que la princesa que se le presentó á Mustafá en la isla desconocida.

—¿Y si tuviese unos ojos tan grandes negros y ras-



PASAMANOS Y ESCALERA DEL HOSPITAL DE LA LATINA.

gados como su ama, y la vieses llorar á todo trapo y se echase á tus piés pidiendo compasion?

—Perderia lastimosamente el tiempo. Ademas habian pasado por la popa de esa tunanta cuarenta y dos equinocios dobles y ya comprende usted, señor contra-maestre, que cuarenta y dos equinocios son demasiados equinocios para una urca sola.

—¿Y si tuviese...?

—¡Diablo! ¡diablo! tanto puede usted ir diciendo, que concluiria por echar al agua el rebenque y darla después un par de abrazos: Dios perdona á los pecadores arrependidos y bien puede un pobre grumete como yo... Pero no señor, no perdonaría á esa tunanta y mas cuando sobre entregar á su señora en manos del pirata Mustafá le habian pasado por la banda cuarenta y dos equinocios. ¿Ha calculado usted bien las averías que pueden causar en un casco princesil cuarenta y dos equinocios?

—Hablas como un verdadero grumete, mi querido y hechicero orangutang; pero como nada nos importa lo que tu harías ó dejarías de hacer con la dueña marsellesa si la cogieras por sotabento dejaremos las cosas en tal estado y continuaremos nuestra historia.

(Se continuará.)

EL CAPITAN BOMBARDA.

MISCELANEAS.

La *esmeralda* es una de las piedras preciosas que pueden imitarse con mayor facilidad y buen éxito. Se asegura que la mejor esmeralda conocida es la que posee el emperador de Rusia, pues si bien la corona de Francia tiene algunas tasadas en altos precios y de tamaños no despreciables, son algun tanto defectuosas. Los egipcios, los griegos y los romanos sabian trabajar en ellas muy bien, y aun se citan algunos asuntos mitológicos grabados en esmeraldas con toda perfeccion.

Refiriéndose un escritor á lo mucho que suele debatirse superficialmente cualquier cuestion en sociedad sin penetrar en el fondo, digámoslo así, del

asunto, trae el ejemplo de lo que sucede hace ya tiempo en Alemania y en que ocuparon los eruditos. Habíase anunciado que acababa de nacer un niño con un *diente de oro*: hé aquí de pronto alborotado todo el círculo científico, filósofos, médicos, fisiólogos, naturalistas, anatómicos, todos se pusieron á discutir de qué manera podia venirse al mundo con un *diente de oro*. Publicáronse folletos y aun se dice que obraron completas, presentáronse sistemas diversos, hipótesis singulares y ridiculas y llegaron á probar algunos sabios que sin dificultad alguna podia nacerse con un *diente de oro*. Faltaba presentar un procedimiento por cuyo medio pudiese suceder un hecho tan peregrino, y esto nadie convenia, cuando se ocurrió saber de cierto si era en efecto de oro el *diente* sobre el cual se cuestionaba. ¡Lo que debia haberse hecho al principio, antes de fatigarse en polémicas y discusiones se hacia á lo último!

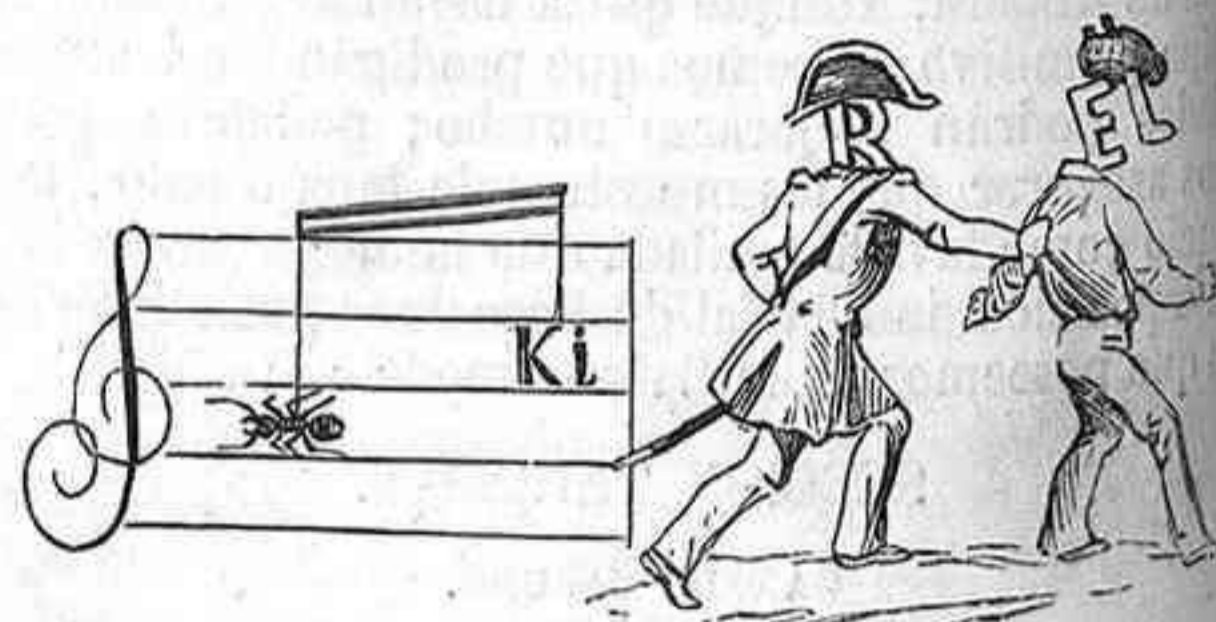
No existia tal *diente de oro*. Un charlatan intrépido habia propalado hábilmente semejante prodigio, que consistia en haber cubierto con una capa de oro el *diente* en cuestion, y por este medio habia ganado cuantiosa suma de dinero.

Aquiles, el mas bravo de los griegos, la personificacion brillante del genio de la guerra y de la gloria, el héroe á quien se dedicaron templos en Esparta, en Tarento, en el promontorio de Sigea y en las riberas del Bósforo, es acaso el héroe cuya imagen se reprodujo mas veces en la antigüedad, como si el arte quisiese coronar la obra de la poesía de la tradicion. La figura de Aquiles halla representada en gran número de bajo-relieves. En pinturas murales se conservan diversos asuntos, á saber: *nacimiento de Aquiles* (en Pompeya); *Aquiles aprendiendo á tocar la lira* (Herculano); *Brisea arrebatada de la tienda de Aquiles* (Monumentos inéditos); *Aquiles recibiendo la noticia de la muerte del hijo de Menecio* (Museo Borbónico). En antiguos vasos de diversos museos se hallan pintadas las escenas siguientes de la vida de Aquiles: *educacion de Aquiles*; *Aquiles y Briseida conduciendo las armas de Aquiles*; *Aquiles curando las heridas de Patroclo*.

*Aquiles jugando con Ajax*; *Combate de Aquiles y Hector*; *Aquiles arrastrando de su carro el cadáver de Patroclo*; *Aquiles concediendo el cadáver de Hector a Priamo*; *Combate de Aquiles y Memnon*; *Combate entre Aquiles y la amazona Pentésilea*; *Muerte de Aquiles*.

Muchos objetos antiguos de bronce y piedras grabadas conservan la imagen de Aquiles representada en diversas escenas de su interesante vida. El arte reproduce este tipo grandioso en todos sentidos, y los monumentos arqueológicos que se conservan, demuestran que hasta en el hogar doméstico se conservaba como adorno y como recuerdo la figura del héroe griego.

GEROGLÍFICO.



La solucion en el número próximo.

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSE ROIG.—IMP. DE GASPARY Y ROIG EDITORES. MADRID: PRINCIPE, 4.